

# GUARDERIA FORESTAL

Por RICARDO MURO MARTINEZ  
Doctor Ingeniero de Montes

*Datos históricos.*—Tras las tremendas invasiones de diversos pueblos hasta la Reconquista, con el destrozo arbóreo para las necesidades de los ejércitos y en sus encuentros bélicos; la demanda maderera para naves tras la conquista de América; las armadas de Lepanto e Invencible, y los pueblos aprovechándose de sus montes públicos incontrolados, más los daños producidos a las jóvenes plantas por los anárquicos ganados, nuestros continuos bosques debieron de haber desaparecido en gran cuantía unos, y otros mermados de forma alarmante. Es comprensible que los gobernantes y los reyes tuviesen preocupación en aumento por evitar el remate de la riqueza forestal.

Tomo unos breves datos del trabajo de mi gran compañero Guillermo Muñoz Goyanes, publicado en el número 189 de esta misma Revista «MONTES».

*Carlos II*, último rey español de la Casa de los Austrias, publicó a fines del siglo XVII una Real Ordenanza disponiendo la vigilancia de las masas arbóreas por todas las Autoridades de la Monarquía que corresponda.

*Fernando VI*, segundo monarca de la Casa de Borbón, publicó una Real Orden a mediados del siglo XVIII para el «aumento y conservación de montes y plantíos». Ya se habla en ella de los «guardas de campo y monte» con este título o el de «Celadores», ordenándoles que «aprehendan y denuncien a los taladores, causantes de incendios, e introductores de ganado; procurando que, dichos Guardas, sean hombres de buena opinión, fama y costumbres».

Publica un Decreto, días después, en que dice... «ya que no parece suficiente nombrar personas con generales y vulgares conocimientos de árboles, tierras y propiedades de éstas, sino que sería muy acertado que todas dichas personas actúen hacia el mismo fin, usando un superior *saber*, ganado con el estudio, que les permita *hacer* o mandar hacer lo más conveniente, y en cuanto a los guardas de campo y monte... es preciso actúen conjuntamente con aquellas personas de más sabiduría... poniendo en su cometido la reciedumbre de sus cuerpos, la aversión al soborno o la malicia, y el largo conocimiento de los montes que tutelan, así como de las costumbres de los más rebeldes delincuentes». Ha profetizado los Cuerpos técnicos forestales y el lema de los Ingenieros Superiores. Y más aún, muere en el castillo de Villaviciosa de Odón, donde un siglo después de

las Reales Ordenanzas dichas se inauguró la Escuela Especial de Ingenieros de Montes.

*Carlos III* se distinguió por la defensa de todos los recursos naturales. En el segundo tercio del siglo XVIII sancionó una Real Orden creando la Compañía de Fusileros Guarda Bosques Reales.

*Carlos IV* también se ocupó de las cuestiones forestales, y finalizando el siglo XVIII promovió un premio sobre el tema: «¿Cuáles son los obstáculos que impiden y atrasan en la actualidad, la prosperidad de los montes y plantíos de España»? Y el ganador del concurso llegó a la siguiente conclusión: «Urgente necesidad del establecimiento de una vigilancia, tutelada por el Estado, con especial atención a los incendios y entradas del ganado a las repoblaciones jóvenes».

La Reina Regente, doña María Cristina de Borbón, durante la minoría de edad de su hija Isabel II, firmó un Decreto, aprobando unas Ordenanzas de montes, conocidas como de Javier de Burgos, donde se encarga a una Dirección General de Montes de su cumplimiento. Dos años después otro Decreto crea el Cuerpo de Ingenieros Civiles, con cuatro especialidades: Caminos, Canales y Puertos; Minas; Geógrafos; y Bosques.

Hacia mediados del siglo XIX, siendo reina Isabel II, se crea la Guardia Civil, cuya actuación afortunada se hace patente durante muchos años en la vigilancia de la riqueza forestal española, y aún hoy su ayuda es valiosa en todo ello y en la extinción de incendios, etc., etc. En realidad a principios de 1866 ejercían acción vigilante en los montes: la Guardería Rural; los Guardas Mayores; los Guardas de Montes del Estado; y la Guardia Civil.

*Alfonso XII* deja sólo como vigilancia de los montes a la Guardia Civil, diez años después, cesando todas las demás guarderías (1876).

Al año siguiente por la «Ley de repoblaciones Forestales» se crean los Capataces de Cultivo, en los Distritos Forestales; ya, aunque con otro nombre, los precursores de la Guardería Forestal. Y dos años después se les autoriza a denunciar los daños que se causen a los bosques y se crean los Vigilantes temporales de Incendios.

En 1907 cuando, so pretexto real, es preciso un Cuerpo que se ocupe de los montes en su vigilancia y otras misiones incompatibles con el carácter de la Guardia Civil, se crea, sustituyendo al anterior, el Cuerpo de la Guardería Forestal con el nombre que hoy tiene.

Dice el texto, entre otras muchas cosas: «El personal que se elija... ha de vivir apartado de todo

lo que signifique influencia o favor y convencido de que sólo puede fiar la seguridad de su destino y la recompensa de los ascensos al cumplimiento estricto de sus deberes».

*Dificultad de la vida del Guarda y su familia en los pueblos.*—Ya hemos visto que desde siglos se viene intentando por los gobernantes impedir los taladores, los fuegos en los bosques, la suelta de ganados, etc., señal ineludible del tremendo abuso continuo que se cometía por doquier contra las masas arbóreas. Eran costumbres seculares muy difíciles de desarraigar: el ganado suelto impidiendo el desarrollo de la regeneración natural y de las repoblaciones artificiales; el trasmucho de frondosas para ramón de los ganados; la tala de latizales para elegir piezas para arados, ruedas de carro, etc.; la tala de fustales para vigas, arreglo de ventanas o puertas, muebles, etc. El Guarda Forestal era un intruso, un ser odiado que impedía la libertad —así también se llama el libertinaje— de los vecinos en los montes públicos de sus Ayuntamientos, y denunciaba con castigo seguido al hecho. Eran mirados con recelo y pocos intentaban ser amigos suyos. Por otro lado tampoco podían, ni él ni los suyos, intimar con nadie por sí después esos íntimos violaban la ley.

Ningún pueblo quiso tener el Guarda en él a comienzos de la creación del Cuerpo. Luego haciendo caso al refrán de «al enemigo en casa se le vigila mejor», opusieron menor resistencia.

No fueron comprendidos. Por eso en la encrucijada de dos caminos forestales en una de las Merindades de Castilla, levanté un obelisco con los escudos de España y de Montes y esta inscripción: «A los primeros forestales españoles que lucharon contra la incompreensión popular».

*Dura vida en el centro de los bosques.*—Muy pronto se vio que en determinados grandes montes o masas boscosas, la guardería en los pueblos quedaba lejos del corazón de los mismos y por eso se hacía difícil la vigilancia en las partes centrales y opuestas a sus domicilios. Se construyeron casas forestales aisladas en medio de esas masas arbóreas para residencia de los guardas y sus familias. Solían ser casucas para dos familias, una junto a otra o en sentido vertical. A veces con alguna habitación para los facultativos. Se añadía alguna dependencia para gallinero, porqueriza y cuadra, todo junto. Sin luz eléctrica, que no había, como no existían teléfonos ni radios. Los sitios donde se ubicaban solían ser una llanada o praderío, resguardada de los peores vientos, soleada, y muy próxima a un buen manantial. La comunicación con los pueblos lejanos era alguna senda de carro. Durante el día, y a veces de noche, las familias quedaban solas con algún perro que, al ladrar pudiera avisar la presencia de intrusos o viajeros. En caso de emergencia las mujeres tocaban alguna bocina —de las que usaban regla-

mentariamente los Guardas— o disparaban alguna escopeta. Vibraciones sonoras que si los Guardas estaban lejos o en algún vallejo encajado no las oían. Es ocioso decir que la cuestión escolar era nula y para enfermedades, accidentes o partos aviesos, se utilizaba el traslado en una caballería, generalmente un asno, y, ya con cierto lujo, algún carro pequeño.

Las dos familias reunidas defensivamente, en ocasiones, tenían efectos ofensivos. Las humanas virtudes y los humanos defectos giraban allí como las imágenes de un caleidoscopio y había roces que daban muchas veces, lugar a traslados. Es lógico entre hombres, e insisto, entre mujeres.

En cuanto a la adquisición de víveres y utensilios, en algún día bueno se trasladaba un Guarda al pueblo de mejor mercado con una caballería y volvía con la bestia cargada de la brida, tras larga caminata, y en el mejor de los casos alumbrado por las estrellas.

*Peligroso y desagradable cometido.*—Comenzó la lucha contra los pastores por introducir ganados en sitios prohibidos o en los que sus rebaños no tenían derecho a pastar. Con los ganaderos que dejaban sueltos sus ganados pareciéndoles pequeñas para ellos todas las extensiones. Y es curioso que si en los montes públicos llegara a ser todo su suelo de pastos, como querían y como quieren, suponiendo que no existiera la erosión, el más rico ganadero será el que más se aproveche del monte, y nada en absoluto, en ese aspecto, el que no tiene ganados, que suele ser el más pobre. Pues bien, ante esta gran injusticia nunca hubo oposición popular ni detractores.

Continuaba la vigilancia contra los leñeros no autorizados o dañadores; los que trasladaban mojones, especialmente si había manantial por medio, y los seculares matuteros en sus dos categorías: los que subían al monte de vez en vez, generalmente vecinos del Ayuntamiento propietario del predio, y los que hacían del matute una profesión o parte de ella. Los primeros cortaban árboles casi siempre latizos, para piezas de sus arados o de las ruedas de sus carros. Los arrastraban con una caballería, rara vez dos. Los segundos aportaban carretas con las ruedas bien engrasadas, en marchas nocturnas, la mayor parte de las veces, acarreando todo lo que podía admitir su transporte.

Al principio, y al objeto de realizar estas vigilancias, la guardería se daba verdaderas palizas caminando, queriendo estar en todas partes. Después aprendió a esperar en las salidas naturales de las diversas zonas boscosas o en los meandros y pequeños embalses donde paraban los maderos, en aquellas provincias en que se hacía su transporte por los ríos, conducidos por los arriesgados equilibristas «gancheros». Esta segunda forma de vigilar tuvo más éxito con mucho menos esfuerzo.

Cuando la Guardería se encontraba con hechos consumados, especialmente en el caso del pequeño matute, ejercían maravillosamente el «traking» o seguimiento de huellas, que habían practicado desde pequeños, buscando ganado propio o por otras razones. Fácil en los días muy lluviosos, llega a ser difícil en los secos. Claro que los matuteros no tenían un pelo de tontos y elegían los días propicios, aunque, de pronto, podía cambiar el tiempo.

El conjunto de pueblos que además de sus montes tuviesen algún comunero, es en éste donde se hacían las fechorías por los vecinos de la comunidad.

Y al relataros estas cosas no me embarqué en la carabela de mi fantasía, sino que os cuento muchos sucesos en los que fui espectador, o conocedor directo.

*Sangre.*—Esta vigilancia continua, esta evitación de muchos daños y denuncias con el castigo consecuente, sabiendo los dañadores que había autoridad vigilante que no se andaba con bromas, costó a la Guardería, odios, venganzas, anónimos, heridas serias y muertes. Un momento peligroso para ella, si estaba cerca del infractor, era el instante de la denuncia, pues para escribirla tenía que colgar su arma o apoyarla. Entonces con arma blanca o la misma hacha se perpetraba la agresión. La matutería quedó prácticamente acabada a finales de los años cincuenta. En el año 1941 desapareció un Guarda en Valsain y tras dos días de búsqueda apareció su cadáver con la cabeza hendida por golpe de hacha, junto a un pino cortado y su arma apoyada en un tronco inmediato.

Pero si la matutería puede considerarse como un pasado, los incendios forestales han ido en aumento. Al principio sus causas eran accidentales y por excepción intencionales. Pero si se continúa en la marcha ascendente será totalmente al contrario. Su extinción ha costado quemaduras, heridas y muertes a la Guardería desde su comienzo.

Es significativo que los forestales que actúan en la extinción de los incendios, cuando éstos se prolongan no quieren ser reemplazados. El Guarda o Guardas del cuartel han de pasar muchas horas y más de una noche para que puedan irse a descansar. Y cuando tras el siniestro los daños son cuantiosos se ve a esos Guardas angustiados, dolidos y furiosos.

Otros varios hechos contra la ley, de ganaderos o pastores, pescadores fraudulentos, cazadores ilegales (éstos son los más peligrosos al portar armas) y productores de vertidos contaminantes en los ríos, han causado disgustos, amenazas, falsas denuncias, y heridas a los Guardas Forestales.

En 1962 en la provincia de Burgos y cerca de la «Virgen encumbrada de Orduña», al estar

echando a un grupo de pastores con sus ganados, el Guarda del cuartel recibió una pedrada en la frente que le derribó sin sentido.

En el Valle de Mena, los años 66 y 68 dos Guardas fueron apaleados, en cada uno de esos años, por pescadores fraudulentos. Y, en el 74 (en Vizcaya) un Guarda forestal al oír tiros por la noche cerca de la casa forestal, salió sorprendiendo a unos cazadores furtivos de liebres, que aprovechando la noche de luna cazaban allí. Le propinaron una gran paliza estando hospitalizado más de quince días y si no es por el Ingeniero de la Brigada que, por sus trabajos, dormía en la casa y salió con un atizador de la chimenea en la mano, no sé lo que pudo haber ocurrido. Esto pone de manifiesto la peligrosidad que encierra el cumplimiento de su deber.

*Conocimiento de «sus montes».*—La Guardería conoce perfectamente sus montes; no hay lugar internado ni cumbre saliente; vallejo hundido o explanada iluminada como panza de lagarto al sol; vereda pina ni arroyuelo plateado; badén del río o paso entre cortadas rocas; manantial tentador o junqueral donde los pies se hunden en días húmedos; chozo para refugio o cueva en oquedades pétreas; laderones interminables o collados filtrantes de vientos, que no sepan con la exactitud de un plano, con su toponimia, y desde cualquier sitio precisan el tiempo necesario para llegar a otro lugar cualquiera por el que se les pregunta.

A nuestros Guardes les quemaron todos los soles, les calaron todas las lluvias y granizos, les convirtieron en albarizas todas las nieves y les curtieron todos los vientos; la rosa entera de los vientos con sus diversos significados locales a lo largo y a lo ancho de nuestra patria. Les percutió el viento del Este, Euro o Solano, con la alegría de traerle el sol; les azotó el del Oeste, Poniente o Céforo, con la nostalgia del ocaso; les quemó el rostro y las manos el viento del Sur, o Austro. Y el del Norte Aquilón, o Cierzo, junto con el Noreste, Brisa o Mistral, les lanzaron heladas ráfagas que pasaron sobre sus cabezas pero nunca sobre sus corazones. Y en cada caso, en cada sitio, en cada instante, saben dónde tienen que dirigirse con rapidez para resguardarse, si es preciso.

Y cuando, solitado el permiso de traslado, se les ha concedido, al saberlo, les he oído balbucir más de una vez, echando un vistazo a los parajes inmediatos, «mis montes...» mientras yo pensaba «mi Guarda...».

Hubo siempre una gran compenetración entre los diversos Cuerpos de la Administración Forestal. Recuerdo que operaron a un Guarda de mi Sección antigua, en Burgos. Retrasé mi salida al campo y al salir del quirófano el operado, estuvimos sus familiares y yo esperando un rato que pasara la acción del cloroformo. Al fin le habla-

ron varias veces y balbuceaba palabras no muy coherentes. Me decidí con frases optimistas sobre su operación inmediata y le dije que si sabía quién era. Abrió los ojos y me dijo: Sí, mi jefe, y me tendió las manos, que yo recibí con emoción que no supe disimular.

*Identificación con sus montes. «Sentir» sus montes; su entrega.*—Para mí lo más notable de estos hombres no es sólo su misión y su conocimiento del cuartel, verdadera palestra, sino su **identificación** con los montes, su **sentir** los montes profundamente. Sentir es entusiasmarse, querer. Y el que se entusiasma en su profesión da todo lo que es, y se entrega. Y esto, en nuestro caso, no es un hecho sólo material, sino refinamiento del espíritu, sin darse cuenta ni suponerlo, al estar rodeados de tanta y tan extraordinaria belleza, ora pacífica, ora revuelta, de árboles y arbustos, de contrastes de color, de silencios, de ambientes purísimos en el aire y en las aguas. Aquella visión del bosque, como la de una orquesta sinfónica en orden de batalla sonora. Arriba los agudos picachos, abajo los graves valles y vallejitos. La cuerda de sus divisorias, la madera de sus pies arbóreos y el metal de la percusión de los vientos como trompetazos de contraste. ¡Toda una sinfonía de color! En la mayoría de las provincias hispanas el terreno es muy movido topográficamente y hay un acompañamiento monótono habitual en las largas marchas; valles, divisorias, valles, divisorias, bajar, subir, bajar, subir... De vez en vez una llanada o valle amplio nos deleita. Desde él se observan mejor las elevadas cresterías rocosas como caireles de la erosión, sus escarpes, los grandes pináculos como gigantes molaes, relojes de los siglos, esqueletos del mundo, que se interponen entre suelos y cielo. Amenazadores, terribles, firmes ante el embate de los vientos, como cíclopes avizorantes desde sus atalayas... Aquellos vallejitos estrechos, encajados, boscosos, olvidados en su paz, invitadores de descanso y de meditación. Aquellas cascadas luminosas producidas por el sol entre la enramada como lluvias de luz filtradas por la hojarasca, que besan los protegidos suelos; de aquella delicia de viento fresco o gris entre la fronda durante el estío caluroso. Aquella brisa primaveral que balancea las hojas nuevas de los árboles para que presuman de sus nacientes colores y hacen descansar nuestros ojos en una gama de verdes relajante. De aquel movimiento brusco de ramas y ramillas con vuelos de ligeros elementos sueltos empujados por el viento. Y entre rama y rama móviles ¡trozos de cielo! Aquel centelleo de miles de gotitas de agua convertidas en brillantes por el fuego solar, tras un rocío madrugador, que desaparecen si el sol se oculta. De aquellas capas albas en los inviernos, cuando los árboles no pueden soportar más peso de nieve helada, tan majestuosos que si les incide la fuerte luz nos ciegan

sus resplandores. Aquel envolvente de niebla espesa que todo lo oculta y hay que avanzar poco a poco para descubrir pequeños sitios admirables, haciéndonos vivir la fantasía de que estamos atravesando un maravilloso palacio oriental deshabitado y hemos de ir descorriendo cortina tras cortina para admirar la belleza de sus estancias. Desde los altozanos, oteros o cumbres, se lanza la pupila por encima de las cimera guías arbóreas, sobre los hondos valles de allá abajo. ¡Parece increíble hasta donde llega la vista!, incidiendo en los verdes esmeralda de los prados, la gama de colores calientes de los poblados, el oro o verde claro de los cereales y a un lado, otras laderas boscosas, más gama verde-ocre, de sus pies arbóreos que son los candelabros de aquel inmenso altar cubierto por la bóveda que forma el firmamento.

Me diréis que en vez de hablar de Guardería hablo de montes. No os extrañe porque montes y Guardería forestal son expresiones sinónimas.

*Guardería de otros Servicios.*—De la casa Madre —los Distritos Forestales— salieron otros Servicios, como las Divisiones Hidrológico-Forestales, el Servicio de Pesca Fluvial que al principio abarcó la pesca marítima hasta que ésta pasó al Ministerio de Marina; el Patrimonio Forestal del Estado y, finalmente, la Caza y Parques Nacionales, habiéndose refundido todos ellos después en el ICONA y la Producción Vegetal.

Los diversos Guardas conocieron sus misiones en sus montes o ríos y también «sintieron». Así la Guardería de pesca fluvial sintió sus ríos, conociéndolos en sus diversos tramos y épocas, siempre vigilantes a cualquier eventualidad, entregándose al arroyo que es la alegría de los lugares que atraviesan sus aguas; reflejo del cielo, espejo del paisaje, rumor acuático, sinuosidad de latón viejo, refulgente de la luz solar, sombra bajo los enramados. Desde su nacimiento, en elevada cuna, comienza creciendo laderas abajo, lamiendo riscos, arrastrando tierras, depositando piedrecillas. Es su forma de jugar.

Entre meandros y rectas enfiladas, va, como niño que crece, envuelto en sus riberas, correteando aquí, frenando allá, lanzado más abajo. Es su manera de abrirse a la vida. A veces es travieso y da enormes saltos en cascadas bellísimas duchando el lecho aplastado que las recibe, salpicando el aire próximo con infinitas gotas que la luz solar convierte en arco iris. Es su presunción, como pavo real que conquista a su hembra con los colores brillantes de su abanica cola.

Al correr de sus días se hace mayor con el engrosce de sus afluentes hasta convertirse en río. Se torna más serio, ensanchando su abultado vientre formado por los pozos de su lecho, pues, como está desnudo, por pudor se nos muestra de espaldas. En su panza hay mucha vida animal y

vegetal. En ella evolucionan sus peces saltarines, plateados, que alegremente devuelven con sus escamas, como si fueran raquetas, la pelota de la luz solar en rápidos y fulgurantes destellos. Es el paraíso del pescador. Junto a él pasa horas enteras, caña en ristre, en plena Naturaleza practicando su deporte. Los peces son alimento de múltiples seres.

El río es vida y transmite vida con sus aguas a los regadíos. Apaga la sed de la Naturaleza que atraviesa. Y así cada vez más ancho y ventruado se hace viejo y va al mar. Es su muerte, milagro de la unión de sus gotas de agua y Ley que Dios le dio.

Los ríos son mansos. Solamente cuando los grandes temporales de lluvia los engrosan con exceso y cargan densamente sus espaldas, revientan en sus riberas, invaden sus márgenes y saltan fuera de éstas convertidos en elemento destructor muy poderoso, pues su lámina acuática se convierte en tromba líquida peligrosa por imparable. Es un remedo de la tempestad marina.

Pero actualmentene nuestros ríos comienzan a morir mucho antes de llegar al mar, lo que es contranatural. Sus cauces van repletos, no sólo de materia orgánica que vomitan las urbes, sino de los detergentes que las acompañan. Esto se empeora por los vertidos corrosivos de las industrias y los insecticidas del campo que arrastran las lluvias. Sus panzas no encierran vida, llevan muerte. No son espejo de nada sino oscura suciedad o blanca mortaja de espumas dañinas. No reflejan la luz, la absorben. No hay regadíos porque envenenarían los suelos. No crean un ambiente grato sino pestilente. La vida dá vida, la muerte da muerte. Y es una tragedia para los pueblos y las ciudades el aumento cada vez mayor de sus ríos muertos que llevan su muerte a las costas del mar. El ruido de las aguas al discurrir por sus cauces con mayor densidad, suena dolorido. Nunca sabremos si es queja resignada o protesta justa. La brisa que lo repasa no sale cargada con sana frescura y olor a tierra mojada, sino seca y hedionda. Hasta el fragor de su percusión, al saltar las presas, desafina como tambor destemplado. No son seres vivos que se mueven sino cadáveres arrastrados ¡Gentes de hoy, vivid preparadas: Sentiréis las consecuencias de vuestros ríos asesinados!

Ahora me diréis que estoy hablando de ríos y no de Guardas. Sabéis muy bien que también ríos y Guardas son expresiones sinónimas y que los Guardas sienten sus ríos como sus bosques.

*Magnitudes de los bosques.*—Con estos nuevos Servicios los Guardas siguieron aprendiendo muchas cosas más, entre ellas y por puro instinto comprendieron que la riqueza que ellos vigilaban y trabajaban no era solamente de cantidades, metros cúbicos, estéreos, kilos, dinero, que se pueden medir, pesar, cubicar y valorar. Se dieron

cuenta de que sobre sus cantidades están sus magnitudes.

Es magnitud de los montes, su hospitalidad para los seres humanos que los visitan desde las urbes, donde dejan contaminación, ruidos, prisas, aglomeraciones, olores fétidos, tensiones nerviosas... para adentrarse en ellos sosegando sus nervios en los silencios; descansando su vista en los colores fríos, fortaleciendo sus músculos en ascensiones y marchas, gozando de la belleza del paisaje; palabra ésta que si significa país en su primera acepción, en su segunda supone «extensión de terrenos en su sentido artístico». Y esa misma magnitud se agranda acogiendo a la fauna que con ellos forma el ecosistema. ICONA a más de sus Parques Nacionales y Naturales está estudiando los paisajes sobresalientes y preparando pik-nic, o zonas recreativas y rutas para facilitar la estancia de los seres humanos en los montes. Es decir, está preparando la masa arbórea para la entrada de la masa humana. Hay que hacer notar que la preparación de la masa humana, para entrar en la masa arbórea, costará mucho tiempo, muchos disgustos y muchos daños al monte.

Son magnitudes los bosques porque no dejan formarse los aludes de nieve, trombas de fuerza viva, ni los torrentes de agua, socavadores y depositadores, terribles ambos por la destrucción que conllevan. Ni engrosar a las dunas, enterradoras de pueblos. Ni los deslizamientos superficiales de laderas que se arrastran hasta los valles, taponándolos.

Son magnitudes los bosques porque defienden los suelos de la erosión mortal evitando convertirse miles de hectáreas en terrenos improductivos, de forma casi irreversible, protegiendo los valles y vallejitos de los daños tremendos para la agricultura y la ganadería, impidiendo el aterramiento de los embalses...

Son magnitudes los bosques, porque nos dan en mayor cuantía que las plantas arbustivas y herbáceas, el oxígeno, que sólo producen los vegetales, imprescindible para respirar, día y noche, trabajando y descansando, dormidos y despiertos, sanos y enfermos, sin darnos cuenta. Sólo los muertos no respiran.

Son magnitudes porque no se pueden medir, pesar, cubicar, ni valorar. Y estos breves datos, que pueden constituir media docena de lecciones, debían aprenderlos todos los españoles en la enseñanza básica.

Algunos sí los conocen. Entre los varios concursos del Día Forestal Mundial hay uno de slogans en Vizcaya. ICONA lo elevó además a trianual con especial premio. Pues bien, el primer trofeo, trino en años, lo ganó la niña María Jesús Odriozola, a quien se le premió el año primero, por su slogan:

ARBOL VIVE PARA QUE YO RESPIRE  
difícil de superar.

*La Guardería forestal se portó bien.*—Desde sus comienzos la Guardería no vivió holgadamente. Con sus animales caseros, en los pueblos y en los montes, según residencia, con su parcelita en el sitio apropiado, pudo subsistir. Su uniforme se caía de viejo. Sus botas habían sido renovadas varias veces antes de llegar las nuevas... Fue incomprendida popularmente, por muchos calumniada, amenazada, agredida y vertió sangre en el cumplimiento de su deber. Ha pasado por muchas amarguras, una de ellas es guiar, controlar y enseñar a obreros del monte que ganaban y ganan más que él. Pero el Guarda, nunca pensó en ello, es una Autoridad que representa a su Jefe inmediato, al Jefe Provincial y, ¿por qué no? a su Director General. A tal esfuerzo, a tal entusiasmo, a tal riesgo hay que procurar remunerar con largueza, por merecerlo y no desmerecer a la Autoridad que representa.

Su dedicación fue y sigue siendo, no solamente plena sino superplena, aunque oficialmente no tenga reconocida ni la prolongación de jornada.

Su número ha sido siempre escaso para las necesidades del servicio, lo que conlleva una mayor extensión de su palestra, un mayor esfuerzo. El recordado Ingeniero de Montes Ricardo Coniú en sus «Hojas Forestales», totalmente divulgadoras, dice en su segunda edición de 1920, que «la Guardería es escasa». Lo que se comprueba en otros escritos de Ingenieros de Montes, como los de Armenteras en sus «Trabajos Hidrológico-Forestales». Su plantilla actual de 2.647 guardas es insuficiente.

La Guardería se portó bien hay que reconocerlo, y en ocasiones eventuales muy bien. Abnegada, dispuesta siempre, constituye en su historia un ejemplo de disciplina. Me permito citar, para mayor abundamiento, lo escrito por el Guarda Mayor, Angel Gimeno Pérez del Corral, al que no tengo el gusto de conocer, ni sé dónde reside, en el «Boletín Informativo de la Guardería» y en su número de julio-agosto últimos: **«En este año, con motivo de rendirse homenaje al Cuerpo de la Guardería Forestal, esperemos que todo no sean promesas, alegrías y parabienes. Si nuestra situación económica no mejora bastante o se nos sigue haciendo caso omiso...»** y aquí parece que va a empezar un chorro caliente de amenazas a la actual usanza, que si huelgas, que si manifestaciones, etc. Pero oíd lo que sigue: **«... nos acogeremos de nuevo a las Reglas de San Francisco de Asís, nuestro Patrón, especialmente a estas tres: obediencia, honradez y pobreza».** Si esto no es entusiasmo, abnegación y disciplina, venga Dios y véalo.

¿No os decía yo que... «primero sus montes»?

Por fin les llega su ascenso, si les llega y son Sobreguardas y después Guardas Mayores. Y no tienen cuartel, sino zona o comarca, respectiva-

mente. Ya no tienen «sus montes» que son de Guardas a sus órdenes. Cambia su misión y aumenta su responsabilidad con los años. Y si la muerte no les visita antes, les llega su jubilación: Todo es ya recuerdo, añoranza, nostalgia, saudades...

Lo expresa muy bien, con literatura cinegética, nuestro inolvidable Jaime de Foxá (q.e.p.d.) en sus versos finales de una poesía inédita:

Yo también he pasado, como pasan,  
según el Kempis, naves, sombras, nieblas...  
¡Es lógico pasar!... ¡Ley del camino!  
... Pero no digo adiós a la vereda  
y en parte me rebelo al abandono  
como montero que a la res se entrega...

*Los detractores.*—Naturalmente que un Cuerpo de tantos miembros hubo de tener fallos acuciados por la pobreza, la desmoralización y el riesgo, entre otras cosas, cuando se pusieron de relieve sus faltas, fueron juzgados y castigados. Otros pasarían inadvertidos, pero su número, proporcionalmente es muy pequeño, realmente insignificante.

Mas los forestales, como los que tienen entre otras misiones el cumplimiento de la Ley, hacen enemigos. A quien se le denuncia odia, a quien se le impide sus prácticas dañinas arde en deseo de venganza. No es de extrañar, que desde antaño, se levantaran voces condenatorias contra la Guardería de todos los trasgos, gnomos, brujas, enanos de espíritu, viles, envidiosos, miserables, aviesos, todo lo que hiede, apesta, se arrastra y rept, calumniando y queriendo extender unas pequeñas manchas a un Cuerpo que tiene el prestigio de una conducta intachable. Quieren lapidar la Guardería. Bien, que lo hagan, pero siguiendo la Ley: ¡El que esté exento de pecado que tire la primera piedra!

*La Guardería se ha modernizado.*—La Guardería actual se ha modernizado, motorizándose. Si aún quedan algunas casas forestales en medio de los montes, están perfectamente comunicadas por caminos forestales, radios y teléfonos. Pero en general, reside en los pueblos. Continúa cumpliendo su misión dirigiendo y controlando trabajos de técnicas más modernas y sigue manteniendo su entrega a los montes y su entusiasmo con la mayor disciplina, y total entrega, plena dedicación.

Los Guardas aprendieron mucho de los diversos ejemplos que les dio el bosque. Pero esto nos llevaría muy lejos. Citemos solamente algún caso concreto. Su resistencia a la fatiga, a los elementos, a su escasa economía y defensa de sus montes contra los transgresores sin una queja ni una protesta. Como el bosque cuando es atacado por el ventarrón. El viento o aire en movimiento cuando adquiere velocidad es un depredador de la

Naturaleza. Con el agua es uno de los dos Titanes de la Destrucción (ya que el fuego salvo rayos o volcanes sólo lo produce el Hombre, Señor de la Destrucción). El huracán es un terrorista aéreo. Como un conjunto de puños gigantescos paralelos que golpean duramente y sin interrupción sobre extensas zonas. Origina el caos. Con él galopa la muerte. La floresta desde sus mayores altitudes, acecha o atisba el viento con instinto que suple el oído. Siente venir el huracán en sus primeras oleadas y se prepara a resistirlo. Hay una alarma rápida de animales y vegetales. Sólo el hombre más inteligente, pero con muchos instintos atrofiados, es alertado gracias a las técnicas que inventó.

El bosque se prepara a la resistencia. Es su defensa única, ya que no puede ni trasladarse ni refugiarse: Las raíces se aprietan como tenazas en la tierra que les sustenta; la arboleda pliega sus copas a medida que aumenta la intensidad del colosal soplo y tiende la trampa de sus sitios vacíos por los que se colará su enemigo como en «rápidos acuáticos» perdiendo fuerza para percutir con troncos y copas, creando un desequilibrio en la fuerza atacante. ¿Tomarían de aquí los romanos la táctica para luchar contra los elefantes cartagineses? Las fibras de sus fustes se aferran flexiblemente dispuestas a los máximos esfuerzos...

Y se presenta el Titán de la destrucción. Se ha nublado el sol y se fue asustado el silencio. Suena un espantoso bramido trepidante, continuo, sin descanso. Viene acompañado de aullidos silbantes producidos por los «rápidos» que no encuentran obstáculos para chocar, y los desgarros de multitud de ramas gruesas que se desploman arrancadas.

El arbolado aguanta y aguanta minutos que parecen años y hasta horas largas como siglos. Es una tortura ver las copas girando como las cabezas de los bailarines actuales, los látigos de los pies jóvenes encorvándose peligrosamente, y las copas empujadas hacia un lado como girasoles. Empieza la matanza de los árboles que son descuajados y tumbados con sonoras caídas sobre el terreno y otros, cuyos fallos resistentes no fueron las raíces sino los troncos, que son tronchados, quedando las partes inferiores de los fustes en su lugar y arrastradas y tumbadas las superiores con las copas. No se escucha un solo quejido, ni alarido entre el estruendo. Nada indica que alguien proteste. Los seres vegetales muertos lo han sido en lucha que les permitió defenderse. En la Naturaleza ser vencido es morir. Y han muerto protegiendo otros seres que vivirán; su caída tiene una heroica resignación.

Al fin se acabó la lucha. Vuelve de puntillas el silencio y es como despertar de una negra pesadilla. Pero no fue un sueño... Allí están, entre los supervivientes, los árboles descuajados, raíces al

aire, con su tierra aprisionada que, aún en su agonía, cumplen con su cometido reteniéndola. En pie los muñones de los fustes partidos, quebrados, astillados en cortes desiguales, como cadáveres acéfalos verticales. Es como un campo de batalla tras la lucha. A más de las copas y fustes, cayeron a tierra, ramas, hojas y ramillas rotas, formando una capa discontinua que cubre el suelo para librar de tan doloroso espectáculo a la madre Tierra.

Y enhiestos, erguidos, heridos en sus enramadas, se muestran con orgullo esos pies arbóreos victoriosos, vivos, que quedan en mucha mayor cuantía que los muertos, ya que en una extensa masa de bosque, las primeras ringleras perpendiculares al huracán son las que más sufren. Las últimas las que menos. Y es comprensible que lo que sigue a esas masas en la misma dirección que el viento, y con mayor razón en altitudes menores; urbes, caseríos, hombres y animales, sean dañados menos aún, protegidos por tan compacta defensa.

Todo vuelve a la normalidad. La lluvia comienza a restañar suavemente las heridas de esos bravos guerreros.

¡Maravillosos bosques, que aún defendiéndose ellos protegen a los demás!

Todas estas enseñanzas eran y son asimiladas por los Guardas forestales y tantas y tantas más. Si la existencia de los bosques pudiéramos verla con un inmenso relantif, si pudiéramos reducir siglos a decenios, asistiríamos a escenas tan asombrosas, interesantes y espeluznantes como las que nos muestran de la vida animal. Pero todo en los árboles es lento, salvo pocas excepciones, y, otras veces, lentísimo para los humanos. La Naturaleza es lucha ininterrumpida con los elementos y entre las especies. Cuanto más se adentra uno en ella es mayor el misterio que encierra. Las armas de los vegetales son inesperadas y serían inconcebibles en el reino animal, como: sombra, luz, altitud, orientación, clase de suelos, humedad, peso de las semillas, alas en las semillas, heladas tardías, vientos locales, etc. Y es extraño que unos de los elementos citados sean armas defensivas para algunas especies y ofensivas otras, y al revés. Incluso vale el refrán «no hay mal que por bien no venga». En el caso del huracán reseñado antes, si suponemos que atacó a una gran masa de buenos robles —Señores del Bosque y ya escasos en nuestros suelos— aunque hubiera matado muchos pies, si era época de diseminación, las bellotas podían haber alcanzado distancias tremendas, que en medios normales no hubieran podido ni imaginarse. Es decir que hubiesen comenzado una invasión a distancia por sus frutos paracaidistas. La lucha vegetal, en mal parangón, es más de arqueros que de escuadrones de caballería; más de unidades transportadas que de tanques, más de artillería que de infantería, en cuanto a

invasión. Con respecto a defensa la cosas cambian, por otro tipo de armas que enumeramos antes. Pero estas tremendas batallas ocupan varias generaciones humanas. En un grupo de años, en florestas de pinos y hayas, se puede ver perfectamente por dónde avanzan las hayas, retrocediendo los pinos, y al revés.

En cuanto a la lucha entre animales y vegetales, depende del equilibrio de su balanza, y, aunque no bien conocido, es apasionante.

*Interrogantes.*—¿Qué hubiera sucedido si los Cuerpos Forestales se hubieran creado un siglo antes?

¿Y si no hubiera habido Guardería desde hace tantos años?

¿Cuántos bosques de los existentes nos faltarían hoy?

¿En qué estado se encontrarían muchos de los que hoy están en pleno desarrollo?

¿Cuántos cientos de miles de hectáreas se hubieran cortado fraudulentamente?

¿Cuántos hubieran avanzado en el proceso de la erosión?

¿Cuántos se hubieran repoblado y conservado la repoblación?

¿Cuántas extensiones de los montes públicos se hubieran apropiado los particulares?

¿Quiénes hubieran estado al frente de los grupos extintores de incendios?

¿Quiénes hubieran controlado las cuadrillas de obreros forestales y enseñado su más eficaz actuación?

¿Cuántos peces habría en nuestros ríos?

¿Cuántos animales silvestres vivirían en nuestros montes?

A estas preguntas podéis hacerlos las respuestas según vuestros criterios. El mío lo adivináis. Pero os afirmo que siento pujante mi entusiasmo al saber que existió esa etapa de vigilancia forestal y lamento profundamente que no existiera antes.

*Final.*—Puede estar orgullosa nuestra Guardería. Los bosques y los hombres la debemos agradecimiento sin par y a mí me honra ser uno de los voceros que aquí lo proclaman, reconociendo que no se correspondió con ella como merece.

Por eso son todos dignos de mención: los que no llegaron a jubilarse, los que lo hicieron. Todos los que sufrieron calumnias, amenazas, golpes, heridas; los que cayeron bajo el arma asesina o el fuego devorador en el cumplimiento del deber. Los de ayer, los de hoy, los de mañana: ¡Guardas forestales españoles! ¡Que Dios, los hombres y los bosques os bendigan!



**todo un mundo para su hogar**

**JARILLO**

Alberto Aguilera, 17  
Teléf. 248 28 04  
MADRID-15